

Enunciado de la palabra pura en *Gramática de sombras*

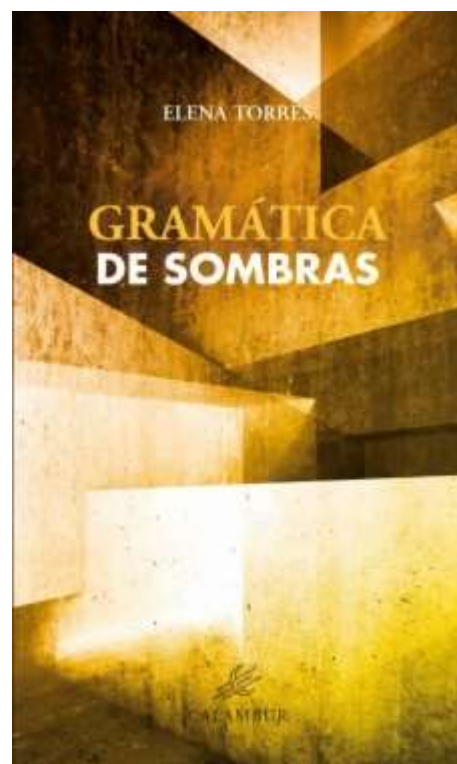
Alberto Torés García

Elena Torres

Gramática de sombras

Calambur Editorial, Valencia, 2018

Desde los inicios de Elena Torres -que he tenido la fortuna de leer con regularidad- con *Don de la memoria* (1994), publicado en el Instituto de Estudios Modernistas que dirigía nuestro añorado y admirado Ricardo Llopesa, hasta esta última entrega *Gramática de sombras*, Elena Torres se presenta con una obra poética singular, reconocible, necesaria. Una voz tan considerada como la de Sergio Arlandis, tanto en el mundo docente como creativo pone en valor la dilatada experiencia poética de la autora valenciana, haciendo visible su particular admiración por “una obra que conecta emocional e intelectualmente con el lector”; por su capacidad de síntesis poemática pero también por su arraigo con lo cotidiano que se bifurca en parcelas metafísicas y en una capacidad universalizadora tan profunda como precisa. Si en el poemario anterior *El baile de la vida* (Editorial Lastura, 2016) Elena Torres proponía un verso sin límites en un plano ondulante que se identifica visiblemente pero que encerraba unas gotas enigmáticas, distanciándose de la mortecina realidad para lanzarse al vacío, ardor, deseo, a la ilusión. En esta nueva



entrega se produce un proceso de depuración extrema, una sugerente esencialización y meditada reflexión sobre el hecho mismo de la creación poética, aunque la recurrencia temática se sigue redefiniendo. Así pues, el tiempo, lo carente, el amor, la razón o el azar, el temor, la negación, la duda o interrogación, el ensueño, van sembrando de emociones el poemario que se divide en ocho partes, marcadas por unas citas que forman parte de la estructura poemática. Serán compañeros vehiculares y con presencia simbólico tan primordial como relevante (José Manuel Caballero Bonald, Ada Salas, Francisca Aguirre, Vicente Huidobro, Tomás Segovia, Jaime Siles, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda cerrándose con Blas Muñoz. Sin duda, los instrumentos adverbiales, preposicionales, locucionales que inician cada composición, conforman un deseo de seducción que determina el extraordinario de la palabra poética de Elena Torres. El poeta Blas Muñoz, interviniente clave en esta aventura, cerrando el libro una cita suya: “*Este oficio vicario de la sombra/ que se disuelve en luz para apagarse/ y encenderse otra vez, este desvelo*”, también asocia “la importancia de estas partes de la oración con la coherencia y cohesión de una gramática necesidad de esas membranas articulatorias del discurso”. En cierta medida, entronca con la idea de Roland Barthes que hace énfasis en la condición primordialmente verbal de la literatura, no tan ligada al concepto de autor sino más bien al de lenguaje, produciéndose ese quiasmo inevitable que no acepta la obra imitando la vida, sino más bien al contrario,

la vida que imita a la obra. Nos interesa subrayar estas consideraciones de Barthes únicamente por poner en valor el acto poético que participa de fuentes diversas y escrituras variadas, tejiendo así el poema como un encuentro o diálogo. Pero Elena Torres propone una gramática de sombras, de sugerencias y simbologías, en un anhelo por lograr la concordancia de la palabra con el espacio poético, de cohesionar un fecundo juego de invocaciones y contrarios, de discurrir ciertamente por itinerarios reconocibles pero también por deshacerse en espejos y sombras, silencios y relojes, nostalgias e interrogantes, dudas y tiempos diversos, destellos conceptuales y penumbras cautivadoras que me hacen insistir en considerar la poesía de Elena Torres como la poesía de la elegancia, sutileza, y sensualidad. Por consiguiente, nos gustaría resaltar la reseña tan certera de otro autor capital como Carlos Alcorta, publicada en el suplemento cultural *Sotileza* de *El Diario Montañés* (09/11/2018): “*Gramática de sombras* lo expresa muy bien desde su título. Son sombras, más o menos densas, las que envuelven la intención de definir, de esclarecer, de precisar el significado. La ambigüedad es una sombra también, un manera laxa y eficaz en algunas ocasiones, de acercarse a lo indecible. La propia poeta explica de donde procede la escritura de este libro: «Surge de una toma de conciencia con el lenguaje, de la necesidad de decir lo inefable. Y lo hace desde esas mínimas expresiones que son los nexos entre palabras y silencios. De ahí la brevedad y contención en sus poemas, que los hace diferentes de otros libros anteriores». En efecto, ese hacer eco de una elementalidad tan precisa y determinante de la palabra, al tiempo que se profundiza en la sonoridad de una sintaxis que le confiere un estilo propio, un grado escritural que perfila los espacios a golpes de sombreados, todo ello no es sino la exacta inscripción de la poesía que comprende una serie de tareas, entre otras el ofrecernos versos, únicos como si acabaran de nacer. No obstante, la palabra poética es también un acto de tiempos, una necesidad de riesgo, algún imprevisto apuntado por el azar. Nos los escribe con toda belleza: “Además *de/afirmarnos/en las olas del riesgo, /de ser arena/en los pies de lo efímero, /casual paseo por el horizonte, /tuvimos que orillar/el tul marino/de lo que vuelve*”.

Elena Torres no tensiona el verso, sino que lo precisa, no busca figuras inmediatas ni impone indicaciones o señas de lectura. Acaso nos invita a descubrir el poema en su desnudez, para que el lector lo descubra o lo desvista entre sombras, pues “*no admitimos la ausencia/hasta que algo/se desvanece*”. Acaso la poesía no sean sus versos sino sus miradas, no tanto sus aspiraciones como sus efectos, o bien la natural constatación de asegurar la autenticidad en la creación poética, una evidencia en toda la obra de Elena Torres: “*Ahora que los días/son pausado preámbulo, /cúmulo de silencios que enumera/la suma del dictar del corazón, /queda darnos más tiempo/para poder ser más*”.

Imágenes que tratan de apresar lo perceptible y lo intangible. Imágenes esencializadas para otorgarles un nuevo poder original. Imágenes que quieren comunicar, pero a la vez quieren unirse a la actividad simbólica de unos mundos aparentemente estructurados, pero a la vez formalmente paralelos. Imágenes que, en definitiva, hacen sistema, porque “*De vez en cuando el tiempo/nos pone en su lugar/...Tan sólo una Gramática de sombras/que sobrevive/en la escritura.*”